

CAPITULO XXVII.

Donde parece Colon dormido y los que le acompañan despiertos.



los dos dias de navegacion se encontraron los buques en una gran bahía llena de islas, separadas por canales unas de otras.

A todas las llamaban los indígenas Caribaro.

Los indios de Cariari aseguraban á los españoles que en ellas abundaba el oro.

El padre Las Casas, que más tarde las visitó, dice "que eran muy vastas y estaban cubiertas de árboles, cuya frondosidad revelaba la existencia de frutos y flores."

Los buques podian navegar á toda vela por los canales, si bien rozaban los palos y las cuerdas con las espesas ramas de los árboles.

Los navíos de Colon se acercaron á una de las islas y se detuvieron allí, llamando desde luego la atencion á los españoles unas veinte canoas que habia atracadas en la orilla.

Acercáronse unos cuantos con los dos indios de Cariari, y éstos, buscando á los dueños de las canoas que al ver las embarcaciones se habían refugiado en los bosques, les aseguraron que no tenian nada que temer, con lo cual entablaron prontas relaciones con los españoles.

Algunos de los indios de aquella isla fueron presentados á Colon, y su vista animó á los españoles.

Todos ellos llevaban pendientes del cuello, por medio de

cordones de algodón, grandes láminas de oro puro y adornos de guanin figurando águilas.

Colon ofreció á uno de ellos tres cascabeles por una lámina de oro, y el indio pareció quedar muy satisfecho del negocio.

¡El oro! ¡No es de este siglo su influencia!

En todas las épocas ha producido el mismo efecto sobre los hombres.

Y no sólo los marineros, sino el mismo Colon experimentaba una inmensa alegría al ver que al fin y al cabo, despues de tantas desventuras, de tantos peligros, habia conseguido el tesoro que codiciaba.

Los españoles continuaron haciendo exploraciones por aquellas islas, trasladándose de unas á otras por los canales en las lanchas.

En una de estas expediciones hallaron diez canoas, en las que iban indios adornados con guirnaldas de flores y coronas formadas por uñas de animales y pájaros.

Casi todos ellos llevaban ademas preciosas láminas de oro; pero parecian conocer el valor de aquel metal, puesto que al pedirsele los españoles se negaban á dárselo.

Los españoles se apoderaron por medio de halagos de dos de aquellos indios, y los llevaron á presencia del almirante.

Uno de ellos tenia una lámina de oro, que, segun los historiadores de aquel tiempo, valia catorce ducados.

El otro un águila que valia veintidos.

A pesar de su sencillez no tardaron en descubrir los deseos de los españoles de poseer aquel metal, y les manifestaron que á dos dias de distancia habia parajes en donde hallarian todo el oro que quisieran, indicándoles que el lugar que más oro producía era Veragoa, distante veinticinco leguas de aquellas islas.

A partir de aquel momento, se entabló una lucha sorda entre los tripulantes y Colon.

Casi todos ellos iban animados, más que por el deseo de adquirir gloria y ensanchar los dominios de España, por el afán de amontonar oro, de enriquecerse y de volver con sus ganancias á la madre patria.

Así es que al hallarse entre aquellos indios, que tanto oro tenían, y al vislumbrar la seguridad de obtenerlo de sus manos, hacían los mayores esfuerzos para que la escuadra se estacionase en aquel país sin proseguir adelante, puesto que allí quedaban satisfechas todas sus aspiraciones.

La belleza de los paisajes, los agradables y sabrosos frutos que sin trabajo alguno conseguían, la hermosura de las indias, todo aquel conjunto encantador les seducía de tal manera, que no comprendían un más allá.

Pero Colon, que caminaba esperanzado por el deseo de realizar el pensamiento de su vida, de encontrar el estrecho que debía abrir camino por el Occidente á aquel magnífico país que regia el gran Kan, á las observaciones que le habían hecho algunos capitanes por cuenta propia y de los marineros y soldados, había respondido:

—Nadie puede arrebatarnos el oro que aquí hay. Calmad vuestra impaciencia; sigamos el rumbo que ha de conducirnos al término de nuestro viaje, y al regresar á España podremos llevar honra y provecho, que vale más que el provecho solo.

Esta determinación dió lugar á continuas murmuraciones; no pocos de los que iban á bordo pusieron en duda el talento del almirante, algunos creyeron que su vanidad iba á perderles, y se confirmaron más y más en la idea de que su excesivo amor propio, ó como él le llamaba, su amor á la gloria, había sido causa de que la isla Española, apenas colonizada, se hubiese convertido en un semillero de disturbios y en un campo de incesante discordia.

Pero el almirante y sus hermanos dieron las órdenes oportunas para continuar la marcha, y el día 17 de Octubre abandonaron las carabelas la bahía, ó mejor dicho el golfo, en donde habían permanecido algún tiempo; costearon la provincia de Veragoá ó Veragua, como se llamó más tarde, y llegaron á un espacioso río, al que Fernando Colon dió el nombre de Guaig.

Detuvieronse allí, y según la costumbre, fueron algunos marineros á tierra en los botes para explorar la orilla.

No se habían separado diez varas de los buques las pequeñas barquillas, cuando se presentaron en la costa más de trescientos indios armados con espadas y lanzas, hechas de madera de palma, dispuestos á interceptar el paso á los españoles y á castigar su osadía por dirigirse á sus dominios.

Su presencia se hizo notar por el ruido seco y repetido de los tambores que usaban, y el sonido de unos caracoles que, á guisa de trompeta, empleaban para acompañar sus estridentes gritos de guerra.

Desde luego pudieron convencerse los españoles de que aquellas gentes eran hombres aguerridos; porque con un denuevo, con un arrojo inconcebible, al ver que los botes avanzaban, se arrojaron al agua, y blandiendo sus armas, corrían en actitud amenazadora á caer sobre sus enemigos.

Muchos de ellos arrojaban el agua hácia los botes, como en señal de reto.

En vista de esto, dispuso Colon que los dos intérpretes que había tomado en Cariari se adelantasen en un bote y explicasen á los indios el objeto de su visita.

No tardaron en calmar su temor, y al informarse de que solo la curiosidad era la que movía á los extranjeros á acercarse á la orilla de sus tierras, se mostraron afables, y recibiendo con entusiasmo de los españoles los consabidos casca-

beles, abalorios y demas chucherías, les dieron en cambio diez y siete láminas de oro, de un valor de ciento cincuenta ducados.

Tornaron unos y otros, y al dia siguiente regresaron los españoles á la orilla, para ver si aumentaban el número de láminas de aquel rico metal.

Pero los indios, que se habian figurado que no volverian, recelaron de nuevo al verlos aproximarse á la orilla; y presentándose en gran número en actitud hostil, y llenando el espacio con el sonido de los tambores y de los caracoles, se lanzaron al agua para atacar á los extranjerés.

Uno de los indios disparó su flecha é hirió en un brazo á un español.

Esto les contuvo algun tanto.

Sin embargo, despues de un momento de tregua, avanzaron de nuevo contra sus enemigos, y entónces una de las carabelas disparó un cañonazo.

El estampido del cañon les atemorizó de tal manera, que huyeron horrorizados á refugiarse en las selvas.

Los españoles, aprovechando este momento, llegaron á la orilla, saltaron en tierra y les siguieron.

Fué tal el pánico que se apoderó de los indios, que arrojando sus armas se detuvieron, presentándose con la mayor sumision y humildad á los españoles.

Estos se contentaron con pedirles oro, y no tardaron en satisfacer sus deseos.

Dejáronles en libertad, dándoles objetos iguales á los que el dia anterior les habian ofrecido, y volvieron á bordo de las carabelas.

Impaciente Colon por llegar cuanto ántes al término de su viaje, se dió de nuevo á la vela; pero resuelto á explorar toda la costa, se detuvo en la entrada del rio Cativa.

Las indios de aquella parte de la costa le recibieron de la misma manera que los anteriores, es decir, con grandes alaridos y gritos de guerra,

Como los españoles no desembarcaron, enviaron los indios una canoa con el objeto de que sus tripulantes les preguntasen cual era el motivo de su presencia allí.

Los intérpretes los tranquilizaron.

Subieron á bordo de la carabela donde estaba Colon, conferenciaron con él y tornaron muy satisfechos, dando á sus caciques los mejores informes acerca de los deseos de los españoles.

Envió el almirante á un capitán con varios soldados á visitar al cacique, y éste despues de recibirlos con la mayor cortesía, les dió uno de sus mejores adornos de oro y permitió á sus vasallos que obsequiasen del mismo modo á los españoles.

Llamó su atencion en aquella parte de la costa una gran masa de estuco, del que llevaron muestras al almirante.

Como en las demas islas no habian hallado señal de arquitectura de ningun género, y allí encontraban una masa de tierra perfectamente fabricada, y con adornos arquitectónicos, se afirmó más y más en su idea de que avanzaba hácia países civilizados, y se avivó en su alma el deseo de proseguir la marcha para llegar cuanto ántes á las espléndidas ciudades del Oriente.

No quiso detenerse más en la costa, y aprovechando un viento favorable, pasó por delante de ciudades populosas, en las que, segun los indios de Cariari, habia oro en gran abundancia.

Una de ellas fué Veragoa.

De esta y de las demas daremos á conocer en breve la historia y los sucesos memorables de su conquista por los españoles.

En ella estaban las minas de oro más abundantes, y sus moradores fabricaban con mayor profusion que los demas las láminas de oro con que se adornaban.

Los españoles contemplaban aquel país con codicia, y avanzaban contra toda su voluntad por el derrotero que les marcaba su jefe.

Al fin llegaron á una ciudad llamada Ubiga.

—Aquí termina el país del oro, dijeron los intérpretes al almirante.

Al saberlo los españoles, intentaron de nuevo disuadir á Colon de su propósito, y conseguir de él que les permitiese apoderarse de toda aquella rica comarca, conquista que, en su concepto, agradaría mucho más á los reyes que el descubrimiento del estrecho, que parecia ser la única esperanza de Colon.

Pero el almirante, alucinado por sus falsas creencias y por la relacion de los indios, que al hablarle de la magnificencia de las ciudades del Occidente se referian á los grandes imperios de México y del Perú, le hicieron creer que el Yucatan y Ciguare, nombres que pronunciaron repetidamente los indios, serian provincias pertenecientes al imperio del gran Kan; y esta suposicion y los indicios que su imaginacion le presentaba, le hicieron no abrigar la menor duda de que existia un estrecho, siendo su único afan descubrirle.

Le habian asegurado que los habitantes de aquellas regiones usaban guirnaldas y brazaletes de oro, que sus vestiduras estaban bordadas con fragmentos de aquel rico metal y que poseian muebles de preciosas labores.

No habia duda.

Los países descubiertos por Marco Polo iban á presentarse á su vista.

El almirante mostró un pedazo de coral á los indios, y és-

tos le aseguraron que las mujeres de Ciguare adornaban su cabeza y su cuello con bandas de aquel precioso producto.

Para convencerse más y más, les enseñó pendientes de otras especies que llevaba, y los indios le aseguraron que en los países que le describian hallaria con profusion aquellos frutos, completando sus reseñas con las noticias de que los habitantes de aquellos privilegiados países poseian grandes buques perfectamente armados, que tenian espadas, escudos, corazas y ballestas, y que hacian uso de los caballos para sus expediciones belicosas.

Todas estas descripciones fascinaron al almirante, y ansioso de convertir en realidad sus esperanzas, prosiguió el camino, visitó un espacioso puerto, rodeado de un paisaje bellísimo con muchas casas, al que dió el nombre de Puerto Velo.

Los moradores de aquel país fueron en canoas á ofrecerle frutas, hortalizas y algodón, pero no oro, porque carecian de él, y navegando despues al Occidente, llegó á un cabo, al que llamó Nombre de Dios, teniendo que retroceder al llegar allí, porque las tempestades amenazaron de nuevo destruir sus embarcaciones.

Defendióse como pudo del temporal, teniendo los marineros que emplear el tiempo en componer los buques y en arrojar el agua que se introducía en ellos por las quebraduras, y de este modo pasaron algunos dias yendo de una isla á otra.

Afortunadamente los moradores de ellas eran afables y acudian solícitos á ofrecer á los españoles abundantes y buenas provisiones.

Al fin tuvo que guarecerse la escuadra en un puerto tan pequeño, que le dió el nombre de Retrete.

El paisaje que le rodeaba era abundante en yerbas, pero carecia de árboles.

Llamó la atención de los españoles la multitud de caimanes que salían del agua á tomar el sol á la orilla.

Estos animales eran muy tímidos y huían cuando se acercaban á ellos.

Nueve dias tuvieron que permanecer allí por efecto del mal tiempo.

Como estaban á muy corta distancia de la orilla, saltaban á tierra los españoles, y aunque al principio fueron muy bien recibidos por los indios, no tardaron en granjearse su enemistad.

Pagando sus bondades de una manera tan indigna, entregándose á toda clase de excesos, habia continuamente riñas. Los indios de la costa llamaron á sus hermanos del interior; se aumentaron considerablemente, y queriendo vengarse de los españoles, resolvieron sorprenderlos, entrar en sus navíos y matarlos.

Presentáronse, pues, en actitud amenazadora, y aunque Colon comprendia las razones que tenian para obrar de aquel modo, se vió obligado á mostrarles su poderío.

Mandó disparar algunos cañonazos sin bala.

Pero el estampido no les intimidó; por el contrario, excitándoles les dió mayor denuedo para lanzarse á los buques.

Fué necesario cargar con bala los cañones, y al ver los destrozos que en sus filas y en sus casas produjo la metralla, huyeron despavoridos.

Si no un motin, por lo ménos una coalicion se formó contra los deseos del almirante.

Los capitanes, los soldados, los marineros, todos aseguraron que en el estado en que se hallaban los buques era imposible proseguir adelante.

Manifestaban á Colon que no debían abandonar aquel país que tantas riquezas les ofrecia, y bien fuera por sentir que

las fuerzas le abandonaban, bien porque el desengaño empezase á demostrar al almirante el error en que estaba, lo cierto es que desistió del proyecto de buscar el estrecho, y resolvió volver á la costa de Veragua para explorar aquella rica provincia y visitar sus minas.

Si como todos decian, el oro abundaba en ella, cargando sus bajeles con aquel precioso metal podian volver á España é imponer silencio á sus enemigos cuando le acusasen de no haber realizado sus proyectos.

Aquella resolucion puso término á las nobles aspiraciones que le habian guiado durante su vida.

Estaba convencido de que no bastaban sus fuerzas para obtener el logro de sus deseos, y renunciando á la nueva gloria que se habia prometido, comprendió que lo que debia hacer entóces era consolidar lo que habia ganado, y el mejor medio era cargar sus barcos de oro y deslumbrar con él á los que querian amenguar la grandeza de sus conquistas.

El 5 de Diciembre abandonó Colon el puerto de Retrete, y variando de rumbo, se encaminó á la costa de Veragua.